



**DE LA PROTESTA
A LA PROPUESTA:**

**50 AÑOS
IMAGINANDO Y
CONSTRUYENDO
EL FUTURO**

DAVID BARKIN

DE LA PROTESTA A LA PROPUESTA:
50 AÑOS IMAGINANDO Y CONSTRUYENDO EL FUTURO

por

DAVID BARKIN

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Introducción.....	13
Parte I. Una visión crítica del desarrollo capitalista.....	21
Introducción.....	23
Los límites del desarrollo capitalista: el caso de México.....	27
La educación: ¿una barrera al desarrollo económico?.....	43
El impacto de la integración en los trabajadores mexicanos.....	80
Inflación y democracia: el caso de México.....	91
Viviendo el <i>pacto fáustico</i> : La resiliencia perversa frente al cambio climático.....	127
Parte II. El desarrollo regional: espejo de un desarrollo distorsionado.....	137
Introducción.....	139
¿Quiénes son los beneficiarios del desarrollo regional?.....	142
Desarrollo regional y reorganización campesina: La chontalpa como reflejo del gran problema agropecuario mexicano.....	162
Parábola de la región y los emporios.....	186
Dos milagros: monarcas y campesinos.....	194
La construcción social de la deforestación en México:.. Los incendios de 1998 en la selva tropical de los Chimalapas.....	204
La ingobernabilidad en la gestión del agua urbana en México.....	223
Parte IIIa. Propuestas y estrategias. <i>Diagnósticos críticos</i>	249
Introducción.....	251
Agricultura: el sector clave de la economía cubana.....	253
La nueva ruralidad y la globalización.....	277
Superación del paradigma neoliberal:.. Desarrollo popular sustentable.....	289
El maíz: la persistencia de una cultura en México.....	300
Parte IIIb. Propuestas y estrategias. <i>Estrategias esperanzadoras</i>	313
Introducción.....	315
La economía de guerra: Una estrategia rural frente a la crisis.....	317
El desarrollo autónomo: Un camino a la sostenibilidad.....	330

Reconsiderando las alternativas sociales en el México rural:	
Estrategias campesinas e indígenas.....	354
Producción de carne de puerco “lite” como estrategia.	
de desarrollo sustentable de campesinos michoacanos.....	363
Manejo forestal comunitario: ¿Puede la economía verde contri-	
buir a la justicia ambiental?.....	377
Parte IVa. Resistencias y alternativas. <i>La capacidad de resistir</i>	397
Introducción.....	399
La participación local en los proyectos de desarrollo sustentable.....	402
La producción de agua en México: Aportación campesina	
al desarrollo mexicano.....	422
Repensando la educación económica para la conservación.....	432
Enfoque heterodoxo para entender el progreso en el siglo XXI.....	448
Principios para la construcción de organizaciones socio-económi-	
cas alternativas: lecciones aprendidas desde el trabajo fuera de	
las estructuras institucionales.....	461
Parte IVb. Resistencias y alternativas. <i>Imaginar y construir el futuro</i>	471
Introducción.....	473
La promesa del campesinado mexicano.....	475
La significación de una economía ecológica radical.....	483
La economía ecológica y solidaria: Una propuesta frente a nuestra crisis.....	496
Construyendo mundos poscapitalistas.....	510
Bibliografía.....	537

PRÓLOGO

GUSTAVO ESTEVA

Un prólogo es una palabra introductoria sobre el autor, el libro y el tema. Al declarar mi admiración por el libro y mi pasión por los temas que aborda, debo confesar de entrada que David Barkin y yo hemos sido amigos por casi medio siglo, que escribimos juntos un par de libros y que hemos mantenido un diálogo enriquecedor.

Según David, la selección de los artículos que lo forman le exigió repasar profundamente la trayectoria de su vida. Seguirlo como lectores en este repaso significa revisar lo que ha pasado en México y el mundo en los últimos 50 años —un ejercicio necesario en el actual momento de peligro—. Como alguna vez dijo el finado subcomandante Marcos, estamos en una circunstancia especial en que para otear el futuro necesitamos ver hacia atrás. Con esta guía, podemos examinar sin nostalgia pero con vergüenza los caminos que no tomamos. Una y otra vez sus textos muestran que el país no tomó un camino ineluctable y que el desastre actual no estaba escrito en las estrellas. Su trabajo muestra la medida en que una clase política irresponsable y corrupta se puso al servicio del capital y traicionó sus compromisos con el país y sus habitantes.

Al terminar la lectura del libro resentí la ausencia de algunos textos que parecerían muy pertinentes para el momento actual, como el que se refiere a las relaciones entre México y Estados Unidos. Pero entiendo bien las dificultades de la selección, que podrá satisfacer a dos tipos de lectores: los que conocen ya su trabajo, para verlo en conjunto, apreciar su coherencia y descubrir ángulos o temas que desconocían —porque nadie, de seguro, ha podido leer una obra tan extensa—; y los que no lo conocen, porque esta dosis podrá despertar su apetito para explorar más ampliamente ciertos temas o argumentos que se presentan aquí.

Tiene David títulos y reconocimientos que lo llevan al más alto rango del mundo académico. Se le reconoce sin reservas el rigor y la calidad de su trabajo: domina la literatura pertinente y aplica sistemática y honestamente las herramientas adecuadas a sus objetos de estudio. Sin embargo, no emplea ese rigor para entregarse a la especulación abstracta y vacía, tan común en su oficio. Su trabajo está bien arraigado en un suelo social al que nunca traiciona. Usa la jerga abstracta para criticar la mentalidad dominante y el lenguaje ordinario para compartir experiencias a ras de tierra y explorar acotamientos en el suelo que pisamos. Tuvo

la fortuna, hace unos 25 años, de hacerse uno con Blanca Lemus, lo que le dio nuevas y más profundas raíces en el país que decidió hacer suyo.

El libro muestra los resultados de una capacidad singular de David para la interlocución y la escucha. Escuchar, decía el comandante Tacho, no es simplemente oír sino estar dispuesto a ser transformado por el otro. David sabe escuchar. Lo hace con personas como el general Cárdenas, Iván Illich o algunos de los más prominentes académicos del planeta, a quienes interpela sin inhibiciones, acortando la distancia que su rango impone habitualmente a quienes se les acercan. Hace lo mismo con personas comunes de barrios, comunidades y pueblos a quienes interpela. En este caso, como descubre que el diálogo intercultural no llega muy lejos si se reduce a la conversación lo lleva a la práctica, es decir, realiza actividades con personas de culturas profundamente diferentes a la suya. Esta capacidad de interlocución indagadora con todo tipo de personas, que a veces lo hace parecer entrometido, rompe con la mirada etnográfica en la que fue adiestrado y se convierte en capacidad de escuchar. Logra así tomar sensata distancia de su visión estrictamente occidental y en particular de la epistemología convencional y sus métodos. Empezó a poner en práctica y someter a prueba el diálogo de saberes mucho antes de que se pusiera de moda.

David se adelantó repetidas veces a amigos y colegas en su ejercicio crítico. No da lanzadas a caballos muertos ni asalta molinos de viento. Se enfrenta con vigor y desfachatez a todo género de vacas sagradas, dispuesto a pagar el precio de hacerlo —que a veces ha sido muy alto—. Quiero mencionar algunas de ellas.

- Cuando el ‘desarrollo’ era un mantra intocable y funcionaba como tabú inmarcesible para personas de todo el espectro ideológico lo puso en la picota de un análisis severo y mostró el impacto real de algunos de los ‘proyectos de desarrollo’ más exitosos. Sus trabajos sobre ‘desarrollo regional’ siguen siendo referencia obligada.
- El artículo que impulsó a Iván Illich a llamar a Barkin para consulta (capítulo 12) es una crítica eficaz de la educación, al mostrar que obliga a todos a correr cada vez más rápido sólo para mantenerse en el mismo lugar. Como Illich demostró, se trata de una institución contraproducente.
- La apertura al mercado mundial está inscrita en los genes del capitalismo, pero el Estado-nación fue la arena privilegiada de su expansión por más de dos siglos, incluso si se toman en cuenta los ejercicios imperiales. La internacionalización/transnacionalización del capital es un fenómeno reciente, que culminó en los años setenta. Hasta

donde sé, David fue el primero en traer a México el debate sobre el asunto y el análisis de sus consecuencias.

- La cuestión ecológica, que hoy es preocupación general y opera como uno de los límites del capitalismo, no tenía mayor relevancia en el análisis económico predominante en los años setenta. En México no tuvieron mayor impacto los llamados de 1972 por parte del Club de Roma —aunque en él militaba don Víctor Urquidí—, o de la Conferencia de Naciones Unidas en Estocolmo —el primer gran esfuerzo internacional sobre el tema—. Pero David incorporó desde entonces la cuestión a sus análisis. Por ello, este libro da buena cuenta de lo que interesa saber en la materia, en particular lo que se ha dado en llamar ‘justicia ambiental’. El agua y los bosques, dos cuestiones interconectadas que generan en todas partes creciente preocupación, fueron objeto temprano de atención para Barkin, que hace aportaciones tanto analíticas como prácticas en ambos temas.
- Como muestra bien este libro, David ha sido defensor sistemático, tan apasionado como riguroso, de lo que puede llamarse “vía campesina”, un camino que tiene sustento empírico claro en México y que defiende la más grande organización campesina de la historia humana. Su propuesta de una ‘nueva ruralidad comunitaria’ parece particularmente interesante: como en otros campos, aprovecha lo más avanzado de la literatura y la dinámica actual de los movimientos sociales para elaborar una síntesis novedosa. Cuando expresa la convicción de “que son las propias comunidades, organizadas en agrupaciones étnicas y alianzas regionales e internacionales, quienes tendrán la última palabra en el diseño de las estrategias para superar las diversas crisis que enfrenta la humanidad actualmente” lo hace con un sustento teórico, analítico y práctico que ha trabajado durante mucho tiempo.
- En plena era globalizadora, Barkin llamó la atención y concentró análisis y experiencias en la ‘economía local’. Mientras sus numerosas propuestas de política pública fueron continuamente ignoradas, en este campo no sólo ofreció sólidos argumentos y elaboraciones teóricas. Además de incontables ejemplos, que acopió con rigor, describió experiencias específicas que contribuyó directamente a organizar y caracterizó con expresiones como la “economía política de la autonomía” y la “economía ecológica desde abajo”.
- La convicción anticapitalista de Barkin no tuvo raíz ideológica, sino teórica y analítica, pero sólo en los últimos años, ante lo que se sospecha cada vez más como el colapso del capitalismo, en una ola violenta y destructiva que pone en peligro la supervivencia de la especie humana, la tradujo en observaciones, experiencias y prescrip-

ciones pertinentes y valiosas. Entra con fundamento al examen de la construcción de sociedades poscapitalistas que aparece legítimamente como la conclusión de un prolongado empeño que es a la vez teórico, político y vivencial.

Terminado este prólogo, quisiera aún intentar algunos elementos del diálogo que David y yo hemos mantenido por tanto tiempo y ha sido para mí tan valioso.

Este año se cumplen 25 años de la publicación de *El diccionario del desarrollo: una guía del conocimiento como poder*. Habrá eventos y publicaciones que examinen su impacto, el significado de la corriente del posdesarrollo y el estado actual de las reflexiones y las experiencias al respecto. Según Wolfgang Sachs, el editor del *Diccionario*, “como desarrollo significa cualquier cosa, desde levantar rascacielos hasta instalar letrinas, lo mismo perforar pozos de petróleo que de agua, es un concepto de un vacío monumental... Es un testimonio del poder de las ideas que un concepto vacío haya dominado las discusiones por medio siglo”. Aunque David no estuvo entre los autores del *Diccionario*, compartía sus ideas. Sus análisis mostraban una postura crítica respecto al desarrollo mucho antes de que el libro apareciera. ¿Por qué, entonces, sigue usando la palabra hasta hoy?

En sus muy diversas y hasta contradictorias alusiones al ‘desarrollo’,¹ David muestra que sabe que el emperador está desnudo. Desde que Truman acuñó la palabra ‘subdesarrollo’, el desarrollo implicó aceptar como meta universal la definición de la buena vida del *American Way of Life*. David advierte tajantemente que “no se pueden generalizar los niveles actuales de consumo de recursos per cápita en los países ricos a la gente que vive en el resto del mundo” y que “los niveles actuales de consumo no pueden ser mantenidos, aun para aquellos grupos que ahora disfrutan de elevados niveles de consumo material”. Adopta sin reservas la definición del

¹ Se ha referido al desarrollo como “un proceso dual de enriquecimiento y cambio estructural”; ha aludido al famoso efecto cascada: que los beneficios concentrados del ‘desarrollo’ se transmitirían eventualmente a las masas; que en México ha sido sobre todo un proceso para incorporar a toda la población “dentro de los pliegues de las relaciones sociales capitalistas”; que el ‘desarrollo sostenible’ es “un compromiso esencial para enfrentar los retos de la supervivencia de la humanidad”; que “enfrentar los retos del desarrollo sostenible no consiste sólo en cuestionar nuestros patrones y prioridades de vida: también es poner en tela de juicio los valores básicos y el funcionamiento de los grupos más poderosos en todo el mundo”; que “el desarrollo sostenible no es una meta: es un proceso que tendrá que abarcar a todos, un camino que tendremos que recorrer juntos para que la humanidad tenga la opción de perdurar”; que los proyectos de desarrollo son una nueva forma de colonización, que beneficia a los inversionistas pero no a los pobladores...

desarrollo que formula Rist, como “una serie de prácticas... que requieren la transformación y destrucción del ambiente y de las relaciones sociales”. Consciente del desastre del desarrollo y como uno de sus más sólidos críticos, David asume la noción plural y diversa del ‘buen vivir’ para caracterizar la miríada de opciones al desarrollo y al régimen dominante, en la construcción de las sociedades poscapitalistas que forman la desembocadura de su análisis.

Es probable que en esto, como en otras cosas, Barkin haya tratado de evitar el gelatinoso campo de las propuestas utópicas. Una analogía puede ilustrar el punto. En los años setenta Marcos Kaplan podía examinar con algún fundamento “la autonomía relativa del Estado” para referirse, no tanto al fantasma lingüístico, al fetiche, a los usos que se dan convencionalmente a la palabra ‘Estado’, sino a la medida en que el subsistema político y las instituciones públicas eran terreno de lucha en el cual la gente podía defender e impulsar sus intereses. No era insensato proponer políticas públicas que se ajustaran a los intereses y aspiraciones de obreros y campesinos. A medida que las clases políticas y las instituciones públicas quedaron cada vez más subordinadas al capital y se hizo prácticamente imposible que adoptaran políticas justas y sensatas, el énfasis de Barkin se trasladó a la gente misma, a su capacidad de ejercer sus poderes y capacidades para crear en forma autónoma sus formas de vida, sus mundos poscapitalistas. Conforme a esta analogía, David habría abandonado teórica y prácticamente la mentalidad dominante en relación con el ‘desarrollo’ o el ‘Estado’, pero retuvo el uso de estas palabras, tratando de darles nuevo significado, para mantener el diálogo con sus interlocutores.

Aunque ha pasado toda su vida en la academia, desde sus tiempos de estudiante hasta la fecha, David no se ha dejado atrapar por ella: además de las luchas que libraba dentro de las propias instituciones académicas para transformarlas, acercándolas a la realidad social y comprometiéndolas con ella, realizó en la práctica lo que planteaba, involucrándose personalmente con diversos actores del mundo a cuyo servicio quiso estar. Le interesaba más la verdad de la transformación que la transformación de la verdad, como alguna vez escribimos.

Traigo aquí a colación estos elementos de nuestro diálogo, como complemento del prólogo, para invitar a los lectores de este libro a seguir un camino semejante: se presta como pocos para reflexionar en los caminos y maneras en que podemos poner manos a la obra en la tarea de detener el horror que nos agobia cotidianamente y empeñarnos, cotidianamente también, en la construcción del mundo nuevo.

San Pablo Etlá, marzo de 2017

INTRODUCCIÓN

Nunca imaginé, cuando se me propuso editar una colección de artículos propios, que implicaría un repaso tan profundo de mi propia historia y una toma de conciencia. Al reunir estos escritos, he examinado mi propia trayectoria, resultado de más de medio siglo de actividad académica y de transformación, producto de mi decisión, hace más de 55 años, de mudarme a México y comprometerme con la historia de una nación en continuo cambio y un pueblo en lucha, un pueblo que sigue mostrando su enorme capacidad de resistir y de avanzar. Desde la primera oportunidad que tuve de vivir en la comunidad indígena de Huecorio, Pátzcuaro, Michoacán, en 1962, y convivir con un pueblo en rápida integración a la sociedad nacional, tuve experiencias que marcaron mi vida y que se plasman en los materiales incluidos aquí: mi primer encuentro con el expresidente de la nación, el General Lázaro Cárdenas, redefinió la orientación de mis estudios de posgrado y me marcó de por vida. No fue sólo por su generosidad, que me permitió entender el profundo contraste entre los “proyectos de desarrollo” que ya estaban polarizando el país y las colaboraciones entre productores en las comunidades rurales, que incidieron en elevar la calidad de vida de los comuneros, sino porque él también me abrió oportunidades para que entendiera el significado de la escuela cepalina y su relación con otros pensadores, quienes apuntaban hacia diferentes estrategias de las que dominaban en el Norte, como señalo en los capítulos 3 y 6.

Siendo estudiante en Yale University, se manifestó la profunda división paradigmática entre los estudiosos muy teóricos/tecnocráticos de la economía convencional y los que optamos por una vía más definida por los esfuerzos de transformar las condiciones de los países “subdesarrollados”. Esta brecha se hizo más evidente para mí por la fortuita interacción con Celso Furtado, que llegó como invitado, huyendo del golpe militar en Brasil, y con otros dos brasileños, Clovis Cavalcanti y Edmar Bacha, compañeros de casa y de debate. Las diferencias no eran de forma sino de fondo; se hicieron evidentes durante mis largas conversaciones con dos antropólogos: Sidney Mintz, como tutor de mi segunda área de especialización, cuyo compromiso con los pueblos caribeños, afrodescendientes, me llevó a entender de otra forma el significado de la caña de azúcar en la historia del capitalismo y de la región, y June Nash, que me demostró lo

trascendental del reconocimiento de género como fenómeno que incide en todas las dimensiones de nuestra existencia. Si estas influencias no fueron suficientes, la oportunidad de ser asistente de James Tobin, futuro premio Nobel, durante el periodo en que estaba formulando las bases de lo que sería la propuesta del “Tobin Tax” sobre transacciones bursátiles (Tobin, 1974), me convenció de la necesidad de encontrar otras epistemologías y ontologías. En este sentido, la posibilidad de colaborar con la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana durante algunos años abrió otra puerta (un producto es el capítulo 12 de este libro) al igual que mi participación en el gobierno de la Unidad Popular durante la presidencia de Salvador Allende en Chile (Barkin, 1972b).

Regresando a México en 1974, tuve la oportunidad de participar en los importantes debates sobre las estrategias de desarrollo que transitaron desde el debate “estabilizador” hasta el “compartido” para llegar al neoliberalismo que todavía nos flagela. En aquellos días, había mucha esperanza de que la universalización de la educación constituiría un camino para asegurar la movilidad social y la democratización de la sociedad; eran los esfuerzos iniciales para extender la educación primaria a todos los grupos sociales, como parte de la herencia de la Revolución mexicana. Sin embargo, rápidamente se volvió evidente que las estructuras económicas e institucionales resultaron imperantes, limitando las acciones sociales (capítulo 1) y la posibilidad de enfrentar la crisis del cambio climático (capítulo 5). Unos años atrás, en este ámbito había realizado un análisis merecedor de una invitación para colaborar con Iván Illich (capítulo 2), experiencia que me abrió nuevas perspectivas sobre el quehacer social y político que imprimieron marcas indelebles que todavía llevo conmigo.

Bajo el liderazgo de Iván Restrepo, y con el apoyo del nuevo CONACYT, en 1974, se formó el Centro de Ecodesarrollo (siguiendo un modelo creado en París por Ignacy Sachs unos años antes) donde pudimos emprender investigaciones transdisciplinarias, pioneras en México y en el mundo. Encontré un ambiente muy acogedor para esta nueva epistemología en la recién creada Universidad Autónoma Metropolitana, donde se presentó una espléndida oportunidad para diseñar un nuevo programa docente en economía política en colaboración con un grupo de jóvenes y entusiastas profesores, reflejando la gran diversidad de pensamiento y disposición de experimentar que caracterizaba a México en aquel momento. Durante los más de cuarenta años de docente en esta Universidad, he disfrutado de una amplia oportunidad de desarrollar las líneas de trabajo que se plasman en los veintinueve capítulos de este libro; la docencia que realicé en estos años dentro del novedoso esquema modular

propició una interacción dinámica y transdisciplinaria con los estudiantes, que fue una fuente de constante enriquecimiento y que examino en un artículo que se publicó recientemente en la revista divisional, *Argumentos* (Barkin, 2015).

El Centro de Ecodesarrollo patrocinó importantes líneas de investigación que incidieron en el debate nacional sobre el camino a seguir. Entre ellas, dirigí un grupo de estudios sobre la evolución del sector primario en México, dando continuidad al trabajo previo en el Centro de Investigaciones Agrarias (Reyes Osorio, 1966). Publicamos numerosos trabajos sobre el papel del campesinado en la dinámica de la sociedad mexicana y su relación con los ecosistemas. Prestábamos particular atención a la problemática de la autosuficiencia alimentaria, ya que se estaba descubriendo que el ‘olvido’ de los campesinos en aras de un desarrollo agroindustrial había dejado al país a merced de los vientos del mercado internacional con un deterioro importante en la calidad de los alimentos disponibles para la población nacional (capítulos 13, 18, 23, 26); los libros que publicamos en aquella época se volvieron de lectura obligada como parte del debate nacional (Barkin y Suárez, 1982; 1985). Nuestra posición firme en cuanto al peligro de acceder al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) provocó tanta ira en las esferas más altas de la jerarquía política que ordenaron cerrar el Centro en 1992. Aun cuando desapareció el Centro, seguimos con su espíritu, involucrándonos en apoyar iniciativas campesinas, como la de las comunidades de la Reserva de la Mariposa Monarca (capítulo 9), tecnologías apropiadas para fortalecer sus capacidades (capítulos 19 y 21), y análisis que insistieron en la fortaleza subyacente de la sociedad campesina, a pesar de sus muchos detractores (*e.g.*, capítulo 15).

Durante este periodo, mucho de nuestro trabajo siguió con un enfoque de desarrollo regional. Tomamos un papel activo en la formación de la Red Nacional de Investigación Urbana y en la Asociación Mexicana de Ciencias para el Desarrollo Regional; se publicaron varios trabajos que dieron seguimiento a mi tesis doctoral sobre desarrollo regional en cuencas hidrológicas (Barkin y King, 1970). La problemática del desarrollo desigual entre regiones estaba llamando la atención de muchos académicos quienes lamentaron la hiper-urbanización del Valle de México y el relativo olvido de otras regiones. Muy pocos analistas estaban dispuestos a reconocer que estos desequilibrios eran producto inherente de la operación de las mismas fuerzas del mercado que estaban provocando la creciente desigualdad económica y social, resultado del profundo cambio en el modelo de desarrollo a raíz del cambio en el patrón de acumulación que se dio en México a mediados de la década de los ochenta (capítulos 7, 8, 25).

El análisis de la estrategia de desarrollo y sus impactos en la sociedad mexicana fue tema subyacente a lo largo de mis trabajos profesionales. Los trabajos tempranos sobre la transformación de su naturaleza pronto evolucionaron en búsqueda de alternativas (capítulos 14, 18). Nutridos de la experiencia popular de Inglaterra durante la segunda guerra mundial, ofrecen una reflexión sobre la posibilidad de superar la volatilidad y el relativo estancamiento de la economía nacional (capítulo 16). Siempre estuve convencido (y lo sigo estando) de que el desaire oficial al sector campesino y a la producción de bienes de consumo básico fue un error; por eso, dediqué un esfuerzo permanente a identificar las diversas formas en que los actores rurales están contribuyendo a la dinámica nacional y a su propio bienestar (capítulos 14, 17, 18, 28).

Me he mantenido atento también a los conflictos al interior de la sociedad mexicana. A medida que examinaba la dinámica de la economía nacional, me resultó claro que el discurso oficial de la necesidad de controlar la inflación era una forma no tan sutil para imponer una compresión sobre los salarios, que ha venido apretándose cada vez más. El ensayo sobre la inflación en México, escrito con Gustavo Esteva (capítulo 4), inició una colaboración que sigue viva hasta estos días. Fue galardonado con el Premio Nacional de Economía Política y provocó una polémica airada y constructiva entre los economistas, sin que lograra contrarrestar la embestida neoliberal, apoyada ampliamente por el Banco de México, que insistía en la necesidad de reprimir la inflación mediante el control férreo de los salarios mínimos. Más reciente, la polémica en torno a la política nacional se ha hecho cada vez más compleja por la creciente inflexibilidad de la gestión económica; hoy en día, cuando el cambio climático está empezando a hacer sentir sus impactos de variadas formas en las diferentes regiones del país, las fuerzas de capital están intensificando sus impactos ambientales, implementando cambios superficiales y limitando las posibilidades de implementar políticas adecuadas para atender a las necesidades del país y de las mayorías (capítulo 5).

Los conflictos económicos empezaron a arremetarse hacia finales del siglo xx. Después de haber participado en el esfuerzo para frenar la inclusión del país al GATT en 1979, nos vimos superados por una nueva y mejor organizada campaña oficial para acceder en 1986, que a la postre resultó ser la antesala a la creación del TLCAN, que entró en operación en 1994; no se requerían grandes investigaciones para dictaminar que tendría nefastas consecuencias para los trabajadores y el medio ambiente. Desgraciadamente, el tiempo nos ha dado la razón. Las instituciones del nuevo tratado no resultaron adecuadas para enfrentar los retos: las Co-

misiones para la Cooperación Laboral y Ambiental generaron importantes contradicciones (capítulo 3).

La gestión del agua sigue como un foco de crecientes problemas en México. Nuestros trabajos con estudiantes de la UAM y colaboradores del Centro de Ecodesarrollo identificaron importantes sesgos en la política gubernamental. Desde mis primeros trabajos sobre las cuencas hidrológicas, mantuvimos una línea coherente de análisis de las contradicciones en la política hidráulica del país, primero con los municipios sin capacidades para cumplir sus mandatos, y después con una orientación hacia la privatización del control y gestión del recurso (capítulo 11); este trabajo se amplió en la obra colectiva que documentó las secuelas sociales y ambientales de la gestión del agua urbana (Barkin, 2006). A pesar de la centralización del control, hay muchos ejemplos de grupos locales que han logrado mantener y extender su dominio sobre este recurso tan importante, con importantes beneficios sociales y ambientales (capítulo 22). La gestión forestal también ha representado un ámbito de actividad comunitaria; las comunidades mexicanas han estado en la delantera de un movimiento internacional para conciliar, culturalmente, las estrategias de aprovechamiento y de conservación de los bosques, a la vez que contribuyen al bienestar de sus miembros (capítulo 20). El ejemplo de los indígenas que se han capacitado para defender y cuidar el bosque más grande del trópico húmedo mexicano sigue siendo motivo de estudio internacionalmente (capítulo 10) y un foco de conflicto entre modelos de sociedad diametralmente opuestos.

En años más recientes, al integrarme plenamente en los programas de posgrado en la UAM, he enfocado mi docencia en contribuir a la integración del enfoque de la economía ecológica en los programas de ‘ciencias’ económicas. Con la creciente comprensión de la relación integral entre la economía, la sociedad, y el ecosistema, las enseñanzas transdisciplinarias nos han llevado a explorar nuevas aristas del análisis económico, vinculado al tema sociocultural y ambiental. Participé en esfuerzos para modificar la enseñanza de la economía, integrando consideraciones de su relación con la biosfera (capítulo 23). Asimismo, abagué por una economía ecológica radical (capítulo 27) y una epistemología mejor armonizada con las demandas y el reconocimiento de las luchas y estrategias de organización de “los de abajo” (capítulos 24, 29). Por eso, tomé parte activa en la formación de la Sociedad Mesoamericana de Economía Ecológica, integrante de la Sociedad Internacional.

Para la implementación de este nuevo enfoque, era necesario revisar nuestras formas de interactuar con las comunidades que reconocían sus posibilidades de emprender estrategias propias para su bienestar.

Así, aprendimos a reconocer las aportaciones de las praxis rurales en la construcción territorial de nichos de sustentabilidad, de procesos de una nueva ruralidad comunitaria y en la innovación de la tradición. Sobre esta última enseñanza, aprendimos a colaborar en la introducción de tecnologías que complementarían las formas tradicionales en las comunidades (capítulos 19 y 21). También, integramos a algunos miembros de las comunidades en nuestros equipos de investigación y docencia, generando propuestas alternativas e interculturales para la organización social y productiva, siempre cuidando los impactos ambientales (capítulos 25 y 29).

Estoy convencido de que son las propias comunidades, organizadas en agrupaciones étnicas y alianzas regionales e internacionales, quienes tendrán la última palabra en el diseño de las estrategias para superar las diversas crisis que enfrenta la humanidad actualmente. A lo largo de más de un cuarto de siglo he tenido la suerte de ser acompañado por mi compañera Blanca Lemus con nuestros hijos y nietos. Ella ha asegurado que nuestra investigación esté siempre a la altura de las comunidades con las cuales estamos colaborando. Su participación en el proyecto internacional “Gobernanza Ambiental en América Latina” contribuyó a transformar esta experiencia en una “hoja de ruta” para forjar una economía social y solidaria, un reto que seguimos aceptando (capítulo 28). Seguiremos caminando con las comunidades con las que tenemos la suerte de colaborar, las que están empeñadas en forjar sus propios mundos poscapitalistas (capítulo 29).

Ahora que este “paquete” está armado, resulta claro que mi participación en la vida académica y política de México es algo más que la suma de estos ensayos. Sigo insistiendo en las limitaciones de la disciplina de la economía tal como la conocemos y es enseñada en nuestro país; a pesar del florecimiento de heterodoxias en muchas otras partes, aquí, la oferta dominante sigue siendo anacrónica. Desde mi participación en la academia he logrado impulsar una dinámica diferente, impulsando a mis estudiantes y en los auditorios donde tengo la oportunidad de hablar, a buscar nuevas explicaciones y nuevos campos de comprensión, combinando el diagnóstico crítico con la búsqueda de soluciones.

Se parte de principios muy elementales, heredados de algunos de los grandes pensadores de nuestros tiempos y de antaño. Empezamos con la muy evidente observación de que la economía no debe ser un mundo en sí mismo, sino parte de un sistema muy complejo. Seguimos con otra menos clara para muchos analistas: casi todas las sociedades en la historia tenían posibilidades de generar excedentes, pero la economía de subsistencia generalmente fue impuesta o, en algunos casos, una elección colectiva para evitar el surgimiento de desigualdades que minarían a la

solidaridad. Es notable que al reclamar esta capacidad de generar y controlar estos excedentes hoy, muchas comunidades están forjando nuevas bases para otros futuros posibles. Hemos comprendido esta posibilidad a medida que nuestras interacciones con ellas han “descubierto” el significado de las otras cosmovisiones que las caracterizan, las informan, y les ofrecen dinamismo.

Muchos académicos están inmersos en discusiones interminables sobre la naturaleza y las causas de la profunda desigualdad que carcome las sociedades en las principales economías del mundo. Están dándose cuenta del “hilo negro del capitalismo”, de que la concentración y centralización del capital alimenta la búsqueda por tajadas siempre mayores de poder que inevitablemente lleva a su abuso. Las letanías desde sus altares del poder, rogándonos respetar nuestra progenie y cuidar al planeta suenan huecas cuando tiran sus desechos en nuestros patios. ¿Realmente es necesario precisar los múltiples caminos de la desigualdad y la destrucción ambiental? ¿No es suficiente emprender otros caminos como los que los protagonistas de muchos de los ensayos en este libro están trazando?

Así, a diferencia de muchas colecciones, este libro comienza con una historia de decepciones y protestas contra los dogmas heredados. Su secuencia ofrece al lector una “visión panorámica” o una perspectiva a “ojo de pájaro” de la evolución de la protesta a la propuesta. La segunda parte está firmemente anclada en la diversidad regional que orgullosamente presume México: una diversidad que ocasiona numerosos problemas de gobernanza centralizada y grandes promesas traicionadas, y de esfuerzos todavía vivos de grupos sociales tratando de generar formas de autogobierno para que puedan tomar control de sus propias situaciones. La tercera parte empieza con una crítica de la gran transformación de la economía cubana para abordar la compleja trama que ha tejido la evolución capitalista en México, que creó contradicciones y callejones sin salida para las administraciones públicas en el siglo *xxi* a medida que abrió caminos para muchas sociedades locales. La cuarta parte asienta el enorme potencial del sector rural para impulsar un proceso diferente de desarrollo. En su primera sección, aborda los efectos dañinos y los resultados decepcionantes de las políticas oficiales, mientras que la segunda traza las posibilidades generadas por las acciones locales de numerosas comunidades. La segunda sección plantea una visión optimista, anclada en la realidad de las investigaciones y colaboraciones que hemos realizado en los últimos lustros con estudiantes y mi compañera de vida.

Línea de Tiempo

Orden cronológico-título-año-capítulo en libro

1. Agricultura: El sector clave de la economía cubana (1970)--12
2. La educación: ¿Una barrera al desarrollo económico? (1972)--2
3. ¿Quiénes son los beneficiarios del desarrollo regional? (1976)--6
4. Desarrollo regional y reorganización campesina (1977)--7
5. Inflación y democracia: El caso de México (*con Gustavo Esteva*) (1978)--4
6. Parábola de la región y los emporios (1980)--8
7. Los límites del crecimiento capitalista: El caso de México (1984)--1
8. La economía de guerra: Estrategia rural frente a la crisis (1990)--16
9. El impacto de la integración en los trabajadores mexicanos. (*con Blanca Lemus*) (1998)--3
10. La producción de agua en México: Aportación campesina al desarrollo mexicano (1998)--22
11. La construcción social de la deforestación en México: Los incendios de 1998 en la selva de Los Chimalapas (1999)--10
12. Dos milagros: Monarcas y campesinos (1999)--9
13. Superación el paradigma neoliberal: Desarrollo popular sustentable (2000)--14
14. La nueva ruralidad y la globalización (2001)--13
15. El desarrollo autónomo: Un camino a la sostenibilidad (2002)--17
16. El Maíz: La persistencia de una cultura en México (2003)--15
17. Producción de carne de puerco "Lite" como estrategia de desarrollo sustentable para campesinos michoacanos (*Con Ma. de Lourdes Barón y Mario Alvizouri*) (2003)--19
18. Reconsiderando las alternativas sociales en México rural: Estrategias campesinas e indígenas (2006)--18
19. La participación local en los proyectos de desarrollo sustentable: un estudio de caso en tres comunidades oaxaqueñas (*con Evelinda Santiago*) (2006)--21
20. Repensando la educación económica para la conservación (2006)--23
21. Principios para la construcción de organizaciones socioeconómicas alternativas: Lecciones aprendidas desde el trabajo fuera de las estructuras institucionales (2009)--25
22. La promesa de los campesinos mexicanos (2010)--26
23. La ingobernabilidad en la gestión del agua urbana en México (2010)--11
24. La economía ecológica y solidaria: una propuesta frente a nuestra crisis (*Con Blanca Lemus*) (2011)--28
25. Enfoque heterodoxo para entender el progreso en el siglo XXI (*Con Blanca Lemus*) (2011)--24
26. La significación de una economía ecológica radical (*Con Mario Fuente y Daniel Tagle*) (2012)--27
27. Manejo forestal comunitario: ¿Puede la economía verde contribuir a la justicia ambiental? (2013)--20
28. Viviendo el pacto fáustico: La resiliencia perversa frente al cambio climático (2013)--5
29. Construyendo mundos post-capitalistas (*Con Blanca Lemus*) (2015)—29

ENSAYO: La Línea de Tiempo

El desarrollo de las ideas en los ensayos en este libro en un lapso de más de medio siglo, refleja la maduración de las ideas que he venido reafirmando y repitiendo en los últimos años, en el sentido de que es necesaria una profunda transformación en nuestras sociedades para construir “un mundo en el cual caben muchos mundos.”

Mi arribo a una comunidad ribereña en Pátzcuaro, Michoacán, México en 1962, me encaminó hacia una trayectoria singular cuando el general Lázaro Cárdenas me propuso realizar la investigación para mi tesis de doctorado sobre el programa de desarrollo regional que venía realizando desde hacía más de un decenio. Los resultados de la nueva infraestructura que él implantó contribuyeron a profundizar las contradicciones que estaban configurando una renovada estructura polarizada de clases y etnias en el país. A pesar de este proceso, que era evidente para cualquier observador del desarrollo en la Tierra Caliente, lo que más me llamó la atención, durante los cinco años en que tuve la oportunidad de interactuar con el general Cárdenas, fue el profundo arraigo que expresaban los campesinos, que reiteraron su lealtad y fe en Tata Cárdenas, reconociendo su compromiso de trabajar en su beneficio. Este complejo panorama se refleja en el contraste entre los capítulos 6, 7, y 8. El primero, elaborado con material que mi comité de tesis, formado por economistas ortodoxos de Yale University, no permitió incluir en mi disertación, es una lectura que fue ampliamente t en los cursos de “desarrollo” en la CEPAL en la época y formó la base para un libro de circulación masiva en los quioscos mexicanos con la colaboración de Ángel Palerm y Eric Wolf, entre otros (Barkin, 1972). El segundo ofrece un análisis de la brecha entre el avance productivo y la destrucción social y ambiental de un proyecto de infraestructura hidráulica. El tercero, escrito unos años después (1980) para un auditorio más amplio, refleja una radicalización de estas ideas para apoyar el incipiente “Sistema Alimentario Mexicano” (SAM).

Mientras que concretaba mis estudios doctorales (1962-1966), tuve la oportunidad de estudiar la nueva estrategia pos-revolucionaria en Cuba. Para muchos de los que llegamos de afuera, era evidente que la decisión inicial de reducir el tamaño de la industria azucarera era errónea. Con base en colaboraciones con generosos compañeros cubanos en la delegación frente a Naciones Unidas, elaboré un ensayo crítico de esta estrategia (capítulo 12), llevándolo para su discusión a la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana, donde generó una amplia discusión y su posterior publicación.

Terminando mi doctorado me incorporé como miembro fundador del nuevo Centro de Estudios Económicos de El Colegio de México (1964). Colaboré en muchos temas que reflejaban la diversidad de preocupaciones del nuevo equipo profesional y los primeros estudiantes del posgrado. Entre nuestras mayores preocupaciones estaba la cuestión de la forma tan segmentada de la educación que se estaba expandiendo en el país. Esto nos llevó a colaboraciones con colegas norteamericanos con similares visiones; uno de estos productos es el segundo capítulo del presente libro, escrito a finales de los años sesenta (capítulo 2), que produjo un fuerte repudio entre los rangos de los economistas ortodoxos que se estaban encargando de la planificación de la expansión educativa en México. En contraste, una copia del documento de trabajo llegó a manos de Iván Illich en su nuevo centro en las afueras de Cuernavaca, donde estaba empezando a elaborar las ideas de su muy polémico libro, *La Sociedad Desescolarizada*. Este fortuito evento nos llevó a desarrollar una cercana relación de varios años, al tiempo que se consolidaba su Centro

Intercultural de Documentación (CIDOC), como un hervidero para nuevas epistemologías surgidas de una intensa interacción entre pensadores creativos de muchas partes del mundo, hasta que Illich lo cerró en los años ochenta.

Esta época era de mucha efervescencia campesina a raíz de las muy contradictorias políticas sectoriales. Mis trabajos iniciales enfocados a la importancia de la producción rural para el bienestar social me encaminaron hacia una trayectoria poco valorada entre los economistas que se disputaban un lugar en las instituciones oficiales para promover la industrialización. Ello me llevó a buscar colegas de otros campos de las ciencias sociales, lo cual fue muy afortunado, ya que fue el inicio de una muy larga colaboración (que aún mantenemos) con Gustavo Esteva, quien estaba involucrado en ese entonces en la consolidación de la CONASUPO, para afrontar el nuevo déficit alimentario que estaba generando severos estragos en la sociedad. Esteva y yo escribimos el ensayo sobre inflación que fue galardonado con el Premio Nacional de Economía Política, Juan F. Noyola (1976-1978) (capítulo 4). Es indicativo de los profundos errores de la política económica en nuestro país en los cuatro decenios siguientes que el ensayo tenga quizá todavía más relevancia en 2018 que cuando se redactó originalmente. Tengo el gusto y el honor de que Gustavo haya escrito el Prólogo de este libro.

El decenio de los ochenta vio la profundización de mi visión de la imposibilidad de llevar a cabo un proyecto social dentro de los límites del sistema capitalista. El ensayo que asienta esta convicción abre el presente libro. Siguen agudizándose las contradicciones entre las promesas de la clase política y los límites biofísicos del planeta, evidenciando el Pacto Fáustico que ha operado durante más de medio siglo (capítulo 5). Para ofrecer otra dirección de lo posible, promoví en varios foros la idea de una “Economía de Guerra” (capítulo 16) basada en la movilización masiva de la población para atender a sus propias necesidades, ya que las promesas estatales y del aparato productivo capitalista no las consideraban.

Los años subsiguientes reflejaban la agudización de la brecha al interior de la profesión de los economistas, resultando en numerosos esfuerzos para limitar el debate. Uno de los más brutales ejercicios de la represión estatal institucional de aquellos años fue la decisión de cerrar el Centro de Ecodesarrollo y otros del sistema CONACYT por sus abiertas posiciones contestatarias a las políticas públicas, que promovían la integración internacional y la destrucción de las cadenas locales y regionales de producción a expensas del bienestar social y humano, así como de los ecosistemas (el material del capítulo 7 fue uno de estos productos). Con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) (1994), no se tardó en experimentar sus secuelas: el levantamiento zapatista y el desmoronamiento de la vida sindical y el empeoramiento de las condiciones laborales en las grandes empresas resultaron evidentes (capítulo 3).

La ratificación del TLCAN, con la creación de la Comisión de Cooperación Ambiental, generó un nuevo ímpetu para poner los asuntos ambientales en primera plana para las organizaciones de la sociedad civil mexicana. Con la victoria del movimiento “Para una Nueva Cultura del Agua” contra el régimen neoliberal en España (2001), se gestó un proceso que transformó el marco jurídico para la gestión de los recursos hídricos en la Comunidad Europea. Su influencia se extendió a América Latina; en México empezamos a dar visibilidad a algunos de los sistemas locales de gestión más equilibrada, mayormente operado por comunidades indígenas (capítulo 22). El conflicto en torno al control de la gestión del agua en nuestro país sigue agudizándose; a pesar de la reforma del Artículo Cuarto de nuestra Constitución Política en el cual se reconoció el “Derecho Humano del

Agua” (2012), mandatando la promulgación de una nueva Ley General de Agua. Hoy en día, las profundas diferencias entre los intereses privados y los de la sociedad civil continúan impidiendo un avance para resolver el terrible desorden que hay en la gestión del agua en México (capítulo 11).

Con la creciente presión para avanzar hacia nuevos enfoques para promover la “sustentabilidad” a raíz de la virtual avalancha de reuniones internacionales y materiales sobre el tema, surgieron voces discordantes que cuestionaron su posibilidad dentro del sistema capitalista. El Grupo Interamericano para el Desarrollo Sustentable de la Agricultura y los Recursos Naturales me invitó a escribir un ensayo en torno a este debate donde afirmé que “la misma acumulación de riqueza crea pobreza” (Barkin, 1998:55); a pesar de sus limitaciones, la versión bilingüe se volvió un éxito de librería y es ampliamente consultada en su versión electrónica de acceso abierto. Al mismo tiempo las luchas de grupos locales para defender sus territorios y promover modelos alternativos de organización social y productiva estaban intensificando sus actividades y ganando visibilidad (capítulos 9, 10, y 13). Un acontecimiento particularmente notable en esta época fue el resurgimiento del movimiento campesino con su propio reconocimiento de sus aportaciones al progreso del país, reflejado en un sinnúmero de dimensiones (capítulos 15 y 17); mi ensayo sobre la persistencia de la cultura del maíz (capítulo 14) es producto de una intensa actividad académica y de la interacción con organizaciones sociales en torno a la movilización “Sin Maíz no hay País”. Para profundizar en esta línea, exploramos una creciente gama de actividades y círculos de intercambio social y económico que se estaban gestando con la consolidación de las organizaciones sociales en el país (capítulo 25); reformulado para ponerlo en sintonía con los planteamientos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y con una de sus importantes iniciativas –en la que participé– para entrar en relación con las fuerzas progresistas del país y el mundo, refuerza nuestra convicción de que hemos superado la etapa de protestas para avanzar hacia la construcción de nuevos mundos (capítulo 26).

Al mismo tiempo, nuestras aportaciones para el enriquecimiento de los estudios de posgrado en la Universidad Autónoma Metropolitana empezaron a rendir frutos en trabajos conjuntos con los doctorantes. Con la creación del Laboratorio de Sustentabilidad, iniciamos líneas de trabajo que combinaron la rica herencia del marxismo con los nuevos desarrollos de la economía ecológica (capítulo 23). Durante el primer decenio del nuevo siglo salieron a la luz trabajos que trasladaron nuestra anterior reflexión del concepto de la nueva ruralidad comunitaria (capítulo 18) a las actividades muy concretas de las comunidades; resultado de investigaciones doctorales, estos ensayos han contribuido a forjar una nueva metodología, incorporando los propios actores a los equipos de investigación (capítulos 19, 20 y 21), así como un nuevo marco analítico para la propia economía ecológica (capítulo 27).

Acompañando este desarrollo intelectual y político, después de haber extendido su formación del reino de la medicina al de la salud comunitaria y de los trabajadores, mi colaboradora y compañera Blanca tomó una parte central en la transformación de las ideas, conceptos y epistemologías a una línea de trabajo que se plasma en gran parte de este libro, mucho más allá de los capítulos en que se reconoce la co-autoría (3, 24, 28, 29).